

XIV.

De como un pordiosero supo mas que un señor oficial de los ejércitos de D. Carlos II rey de España.

OR el camino real de Veracruz, y á corta distancia del pueblo de San Juan Teotihuacan caminaba con direccion á México un oficial con ocho soldados, custodiando seis mulas de carga. A la madrugada habian salido de Teotihuacan; el camino estaba fangoso, y las mulas de carga que no mostraban ser de las mejores, se resbalaban á cada paso, y á cada paso se *echaban* con la carga.

Los soldados y el oficial juraban como unos condenados, y se detenian á cada instante para levantar aquellas cansadas mulas.

En el camino por donde debian atravesar, había una venta desierta y arruinada, y debajo del miserable portal que aun estaba en pié, un hombre cubierto de harapos y sentado en una piedra miraba con ansiedad para el rumbo de San Juan Teotihuacan.

Por fin alcanzó á descubrir á lo lejos los soldados que conducian las mulas.

El hombre se levantó, y apoyándose en un grueso baston, se adelantó perezosamente cojeando al encuentro del oficial.

—Una bendita caridad, por el santo que se celebra hoy —esclamó con tono plañidero

—Perdone, hermano—contestó el oficial que se habia detenido mientras levantaban una mula.

—Por el amor de Dios—insistió el mendigo.

—Ya le dije que perdone.

—Por María Santísima de Guadalupe.

—Y dále.....

—Por las misas que hoy se dicen; por la hostia consagrada.

—No hay, hombre.....

—Mire, señor caballero, que Dios da ciento por uno, y que la limosna que aquí diere, en el cielo la hallará.

El oficial miró al mendigo entre molesto y compadecido, y luego sacando una moneda se la tiró en el suelo.

—Dios premie la caridad, y aumente la devocion—dijo el mendigo levantando la moneda, santiguándose con ella y besándola—mire su señoría, señor oficial, que Dios puede premiarle: ¿sabe su señoría lo que pasa en México?

—¿Qué hay?

—Que se ha fugado un preso que metieron la otra noche, y dizque es marqués.

—¿El marqués de San Vicente?

—El mismo, y su escelencia el virey y la real Audiencia, han ofrecido muy grandes premios al que lo aprehenda. Si su señoría quiere, en menos de una hora le aprehendemos, que yo sé donde está, y solo porque soy desvalido no lo he hecho.

Los ojos del oficial brillaron de codicia.

—Pero estas mulas?—dijo mirando las que traía.

—Si su señoría quiere, porque el negocio es muy bueno, en esa venta vieja pueden quedar mientras las mulas con dos soldados, y su señoría con seis hombres me sigue, que le llevaré hasta donde está oculto el marqués, que yo le he visto hoy en la madrugada.

El oficial reflexionó un momento, y luego dijo:

—Así como así, estas bestias necesitan descansar un rato, porque están muy maltratadas. Muchachos, dos de vosotros entrad en esa venta con las mulas mientras vuelvo, y los demas seguidme.

Dos soldados comenzaron á dirigir á las mulas para la venta, y el oficial con los restantes se puso en camino siguiendo al mendigo.

A pocos pasos del lugar en que se encontraban, habia un sendero estrecho que se apartaba del camino, entrando en un bosquecillo: por allí penetró el mendigo y los soldados, de uno en uno, le siguieron.

El mendigo caminaba con una precipitacion que no se hubiera podido esperar de él, y en poco tiempo perdieron de vista el camino y la venta.

Los otros dos soldados llegaron bajo el portal con las mulas, las dejaron allí, echaron pié á tierra, y atando á una columna sus caballos, se sentaron en los escombros á descansar.

Entonces se pudo ver la cabeza de un hombre, que casi al nivel de la tierra asomaba detras de una de las paredes, y luego otra cabeza un poco mas arriba.

Los soldados estaban muy distraidos.

Un hombre, y otro, y otro se destacaron de detras de la

pared, y sin hacer el mas mínimo rumor, se avanzaron con precaucion hasta quedar detras de los soldados.

Repentinamente, como tigres que se lanzan sobre una presa, aquellos tres hombres, con un puñal en la mano, cayeron sobre los soldados que no pensaron en resistir, y antes que ninguno de los dos pudiera lanzar un solo grito, los dos eran ya cadáveres cubiertos de sangre y acribillados á puñaladas.

Sin perder un solo instante, aquellos tres asesinos se apoderaron de los caballos de sus víctimas; dos montaron en ellos, y el tercero á pié, comenzaron á arrear á las mulas, y dejando el camino real se perdieron en un sendero que seguia la direccion opuesta á la que habia tomado el mendigo conduciendo al oficial y á los soldados.

El camino que seguian estos últimos, se hacia cada vez mas y mas intransitable; por fin llegaron á una barranca que tenia por puente un tronco de árbol.

El mendigo atravesó el abismo sobre el tronco, con entera firmeza, pero el oficial no pudo seguirle á caballo y se detuvo.

—¡Eh!—gritó—¿adónde vas? no miras que por aquí no podemos pasar?

—Es cierto—dijo el mendigo del otro lado.

—¿Pues qué hacemos?

—No hay cuidado; siga su señoría la barranca arriba y un poco adelante está el paso para los de á caballo; este es para la jente de á pié.

—Bien—dijo el oficial, y comenzó á caminar hácia arriba en busca del paso.

A poco andar comprendió que el paso no estaba por ahí, y volvió con intencion de preguntar á su guía.

Llegó al lugar en que le habia dejado, pero el guía no estaba ya, y lo que era peor, el tronco que servia de puente habia sido precipitado al fondo del barranco.

El oficial conoció que el mendigo le habia engañado y que habia puesto un abismo entre los dos.

Entonces le vino la idea de que tal vez la carga corria peligro y determinó volver al camino real.

Pero por mas que queria caminar de prisa, el terreno no se lo permitia: ademas, se habia alejado demasiado.

Mas de una hora tardó en encontrar el camino real.

Por fin divisó la venta, y desde lejos le pareció que los dos soldados dormian tranquilamente: esta era prueba de que no habia allí novedad.

Entonces se fué acercando mas tranquilo; sin duda el plan del mendigo no era contra la carga sino contra él.

El oficial llegó á la venta, miró sus soldados y lanzó un grito de espanto que repitieron los demas.

No habia allí mas que dos cadáveres acribillados á puñaladas y cubiertos de sangre.

Ni las mulas, ni los caballos: nada.

Comenzaron las conjeturas; quisieron guiarse por el rastro; pero imposible.

El camino estaba lleno de agua, y en todas direcciones habia huellas de bestias y de hombres.

Entonces aun no habia esa generacion de guerrilleros que nuestras guerras civiles y extranjeras han educado, y que conoce por las huellas los secretos de los caminos.

El oficial sin saber qué hacer, se llegó á la ruinosa venta, y quedó sombríamente meditabundo.

Si en aquel momento hubiera encontrado al mendigo le habria ahorcado con sus manos.

Pero el mendigo y los que llevaban las mulas estaban ya muy lejos de allí.

Entonces comprendió el pobre oficial que el mendigo le habia engañado como á un niño, que le esperaba en México algo muy desagradable con la Audiencia, y que era preciso que él á su turno engañara tambien á la Audiencia.

Esto era muy peligroso porque habia que contar con el secreto de los soldados.

Pero siempre mayor peligro habia en no probar aquel medio.

El oficial se decidió á engañar á los oidores, como el mendigo le habia engañado á él.

XV.

En el que se refiere una conversacion que tuvieron D. Frutos Delgado y Doña Inés de Medina.

LA Audiencia esperó en vano la llegada del equipaje de D. Antonio de Benavides, en el que debían venir los papeles que se necesitaban para comenzar el proceso.

Los oidores querían tener aquellos papeles en su poder, con objeto de quitar al marqués de San Vicente todos los medios de defensa y al virey todo pretexto de protección.

El día trascurrió sin que el equipaje llegara, y ya cayendo la tarde entró por la calzada de Guadalupe un piquete de soldados, que sobre dos mulas aparejadas de carga traían dos cadáveres.

D. Frutos tuvo la noticia del acontecimiento, y estuvo á punto de enfermar de la cólera; aquel robo á su parecer había sido dirigido por el virey y ejecutado por sus agentes.

Reuniéronse inmediatamente los oidores y determinaron dictar providencias para averiguar quiénes habían sido los culpables de aquel atentado, pero sin descubrir sus sospechas al virey.

D. Frutos en medio de la grande agitacion de su espíritu tuvo una idea luminosa; recordó que D^a Inés de Medina había dicho al virey que á ella le era fácil descubrir la conspiracion que se tramaba; ella, pues, debía saber algo; y á ella era prudente dirigirse.

D. Frutos subió en su carroza y se hizo conducir á la casa del marqués de Rio-florido.

El marqués estaba como siempre retirado en su aposento, porque no había llegado aún la hora de la tertulia, y D^a Inés recibió al oidor.

—¿Y á qué debemos la honra—dijo—de ver á su señoría en esta su casa?

—La honra recíbola yo, señora, al ponerme á las plantas de vuesa merced, y aprovechar esta oportunidad para hablarla á solas, si me concede para ello su vénia.

—Puede mandar su señoría.

—Mandar nunca podría á quien me honrara en obedecer.

—Gracias.

—Pues es el caso, señora, que vuesa merced ha dicho al señor virey que podría presentarle datos seguros acerca de la conspiracion que aquí se trama contra los sagrados derechos de S. M. (Q. D. G.)

El oidor saludó.

—Sí, señor oidor.

—Y supongo que en esto guía á vuesa merced el amor á su rey y el deseo de hacer un buen servicio.

—Ciertamente, señor.

—Pues vista esa buena voluntad, y en atencion á que vuesa merced es una dama discreta y noble; considerando que se la puede fiar un secreto, considerando que conviene

fiársele para que esté preparada, y finalmente, en urgencia del caso determiné venir, y vine á ver á vuesa merced para decirla que á mi juicio el virey es el principal apoyo con que cuentan en México los conspiradores.

—Tal habia yo entendido, y por lo mismo no habia vuelto á palacio, que comprendo que solo en la real Audiencia puede tenerse confianza en estos momentos.

—Efectivamente, señora, y pues estamos conformes de toda conformidad, quiero referir á vuesa merced lo últimamente acontecido para ver si vuesa merced, que con tales noticias cuenta y tan buen deseo tiene de servir á S. M., puede averiguar algo en este punto.

—¿Qué ha pasado?

—Señora, la Audiencia esperaba las cajas del equipaje del marqués de San Vicente, en las cuales debian venir unos papeles importantes para la prosecucion de su causa; pero esas cajas conducidas por soldados de S. M., han sido robadas en el camino.

—¿Robadas? y ¿cómo, señor?

—Hé aquí lo que me ha referido el oficial: á poca distancia de San Juan Teotihuacan caminaba al amanecer la escolta conduciendo las cargas, cuando repentinamente de un recodo del camino salió una partida de hombres enmascarados, caballeros en soberbios corceles, y se arrojaron sobre la escolta. El oficial y los soldados se defendieron bizarramente; el combate fué largo y sangriento; pero el número triunfó de la lealtad, y los soldados tuvieron que abandonar las mulas y retirarse á México, pudiendo conseguir á penas traer los cadáveres de dos de sus compañeros muertos gloriosamente en el combate.

—Pero eso es escandaloso.

—Lo es á tanto grado que me sospecho que el virey tiene parte en todo ello.

—Prometo á su señoría averiguarlo.

—¿Y cuándo, señora? porque hará en esto vuesa merced un distinguido servicio á S. M.

—Pasado mañana en la noche espero dar una puntual noticia á su señoría.

—¿Pasado mañana? es mucho tiempo.

—No es posible hacerlo antes.

—Bien; será como vuesa merced quiera, señora, con tal que sea el resultado satisfactorio.

—Lo procuraré; por ahora ruego á su señoría que se retire, porque mi padre no debe tardar en salir, y deseo que su merced ignore absolutamente que yo estoy mezclada en estos asuntos.

—Comprendo, señora: ¿y á qué hora podré hablar con vuesa merced pasado mañana?

—A esta misma hora; yo estaré pendiente para recibir á su señoría.

—Beso los piés de vuesa merced, mi señora—dijo el oidor despidiéndose.

—Beso la mano de su señoría—contestó D^{ña} Inés.

El oidor se retiró y una hora despues la dama conversaba en la tertulia de su padre con la mayor tranquilidad.

El Señorito no faltó; y D^{ña} Inés le indicó por medio de frases ambiguas, que la beata tertuliana no comprendia, la necesidad en que estaba de hablarle aquella noche á las doce.

El Señorito la contestó del mismo modo que no faltaria, y la tertulia se disolvió á la hora de costumbre.

Nuestros abuelos sufrían con gusto la tiranía del método:

el supremo dictador era el reloj, y el calendario era una especie de primer ministro.

A la una habian de comer, aunque no tuvieran hambre, y hasta la una se servia la comida, aunque desde las once sintieran necesidad de tomar alimento.

Lo mismo era en el sueño, y en todo lo demás: el reloj, el método.

Dias de la semana habia en que *les tocaba* rasurarse, y no adelantaban aquella operacion, veinticuatro horas por ningun motivo; de aquí la costumbre de hacer casi dias de fiesta los juéves en aquellos tiempos; porque jeneralmente los saraos y los convites se fijaban para los juéves y los domingos, por ser dias en que *les tocaba* rasurarse.

Habia sus escepciones entre los jóvenes, pero eran escepciones.

La tertulia del marqués de Rio-florido se retiró á la hora de costumbre, y D. Manuel de Medina y su hija se encerraron en sus habitaciones.

Cerca ya de las doce de la noche, D^a Inés salió de su aposento y deslizándose sin ruido, como una sombra; llegó hasta la puerta que caía al canal y esperó allí de pié aplicando el oído á los batientes para percibir mejor cualquiera ruido que hubiese por la parte del canal.

Sonaron las doce, y á la primer campanada D^a Inés introdujo la llave en la cerradura con mucho cuidado; pero no la hizo jirar, y sin apartar de ella la mano volvió á ponerse en observacion.

Así pasaron dos ó tres minutos; por fin, el ruido del agua azotada por unos remos y el lijero choque de una canoa contra la escalinata de la puerta se escuchó entre el profundo silencio que reinaba.

D^a Inés, haciendo un esfuerzo para impedir que sonara la cerradura, dió vuelta á la llave y abrió.

En el mismo instante el Señorito llegaba á la puerta.

Todo aquello estaba tan bien calculado y combinado, que todo habia pasado en un momento.

La puerta volvió á entornarse; D^a Inés volvió á cerrar con llave, y enlazando con sus torneados brazos el cuello del Señorito que casi la llevaba en el aire levantándola por la cintura, llegaron á sentarse bajo el cobertizo del patio.

—Quiero que me cuentes una cosa, dueño mio—dijo D^a Inés al Señorito, despues que habian pasado un largo rato en caricias y requiebros.

—Habla, vida de mi vida—contestó el jóven—¿qué puedes desear que no sea para mí una ley suprema?

—Dime, bien mio: ¿sabes quién quitó á la escolta, el equipaje del marqués de San Vicente?

—Sí, mi bien: algunos de los comprometidos.

—¿Y qué hicieron de unos papeles que allí venian?

—Escúchame, los papeles los tomó uno de los jefes.

—¿Y qué hizo de ellos? ¿adónde los tendrá?

—Yo supongo que los dejó depositados en la casa de una dama que vive en la calle del Reloj, enfrente de la casa de D. Lope de Montemayor, porque yo le acompañé hasta esa casa y le esperé hasta que volvió á salir de ella; no sé lo que allí hizo, pero cuando salió advertí que no llevaba ya los papeles, por lo que infiero que esa dama los guarda.

—¿Y sabes cómo se llama esa dama?

—Solo sé que se llama D^a Laura: es una mujer misteriosa que jamás sale á la calle, y viste siempre de luto.

—La conozco: y dime, Guillen, ¿podriamos contar con cinco ó seis hombres resueltos para una empresa?

—Cuantos quieras, mi bien.

—Pero es preciso que sean leales, valientes, capaces de guardar el mas profundo secreto, y capaces de aventurarse en cualquiera empresa, por difícil que parezca.

—Tengo hombres á propósito y como tú los deseas.

—Pues oye mi plan.

D^a Inés acercó su rostro al del Señorito y comenzó á hablarle con mucho misterio.

XVI.

De como D. Lope llevó á Doña Laura al calabozo en que tenian preso á D. Antonio de Benavides, y de lo que con éste habló la dama.

PUNTUAL llegó D. Lope á la cita que dado le habia D^a Laura: cubrióse la dama cuidadosamente con su velo, embozóse el galan hasta los ojos, calóse el ancho sombrero y salieron ambos con direccion á palacio.

Las calles estaban desiertas y oscuras; cerca quedaba el palacio de la casa de la dama; pero mas cerca pareció á D. Lope, que hubiera deseado atravesar así el mundo llevando suspendida casi de su brazo á aquella mujer á quien él adoraba, que se entregaba tan confiada á su lealtad de caballero y á quien por eso mismo apenas se atrevía á decir una sola palabra de amor.

El cielo estaba entoldado de negras nubes; era la estacion de las aguas en México, y de un momento á otro amenazaba desprenderse la lluvia.

D^a Laura caminaba silenciosa, D. Lope no cesaba de contemplar aquella cabeza inclinada bajo el peso de tristes meditaciones; adivinaba D. Lope al través de los negros

pliegues del manto la hermosura de la dama; le parecía que aquellos pliegues se diafanizaban, y que veía la frente pálida y serena de la dama, sus ojos lánguidos, sus labios rojos y entreabiertos.

De cuando en cuando D^a Laura levantaba la cabeza y miraba á su compañero al través del velo; D. Lope entonces sonreía melancólicamente, y estrechaba con suavidad la mano de la dama contra su seno....

Así llegaron hasta la puerta de palacio.

—Pero esta no es la cárcel—dijo D^a Laura.

—Es cierto, señora; es que por aquí podemos penetrar con seguridad hasta el lugar en que está preso D. Antonio.

D^a Laura miró á D. Lope, y leyó tanta lealtad en aquel rostro medio oculto entre la sombra que no replicó y penetró con él en el edificio.

D. Lope conocía perfectamente el camino y condujo á su compañera al través de algunos patios y corredores desiertos hasta una puertecilla, á la que llamó suavemente.

Inmediatamente se abrió en la puerta un pequeño postigo guarnecido por una gruesa reja de hierro, y la luz de un farol bañó el rostro del caballero.

Sin hacer ninguna pregunta abrió la puerta un hombre que por las llaves que traía colgadas á la cintura al lado de un ancho puñal; daba indicios de ser un carcelero.

D. Lope y la dama entraron; el hombre cerró la puerta y echó á caminar delante de ellos que le seguían también en silencio, y procurando instintivamente ahogar el eco de sus pisadas.

El carcelero se detuvo delante de una maciza puerta, y tomó una llave de las que traía; abrió y corrió los cerrojos, empujó la puerta y dando á D. Lope su farol, quedó por l

parte de afuera mientras que la dama y el caballero penetraron.

D. Antonio de Benavides, deslumbrado por la repentina claridad del farol que llevaba D. Lope, no pudo conocerle ni distinguir á la dama que le acompañaba: sin embargo, se puso de pié, y saludó diciendo:

—Buenas noches: ¿qué se ofrece?

—Soy yo, marqués—dijo D. Lope.

—Ah! D. Lope de Mantemayor; perdonadme, que no os había conocido.

—Viene conmigo una dama, á quien deseábais hablar.

—¡D^a Laura!—esclamó D. Antonio.

—La misma—contestó la dama—D. Lope me ha dicho que deseábais hablarme..... y héme aquí.

—Señora, tanto favor á un hombre tan desgraciado.

—Porque estais en desgracia he venido, que de no ser así.....

—Comprendo, señora, comprendo, y si fuera cosa que me atañera directamente, apenas me hubiera atrevido á molestaros; pero es un encargo, un mandato de la reina D^a María Ana de Austria, y S. M. me ordenó que cualesquiera que fueran mis circunstancias en México os buscase y os hablase de su parte, y esto me lo dijo con grande insistencia mas de diez veces.

—¿Y qué me ordena la reina mi señora?

—¡Mandaros? ordenar nada, D^a Laura, nada pedir, suplicaros es lo que me encargó.

—¿Pero qué puede querer de mí? en qué podre servirla? ¿qué puedo darla?

—Vuestro perdon, señora, vuestro perdon. La reina me ordenó ponerme de hinojos delante de vos, para pedir en su

nombre el perdón por la muerte de D. José de Mallades, porque esa muerte es para S. M. un eterno remordimiento en medio de su gran desgracia.

D. Antonio se arrodilló delante de la dama y tomó una de sus manos.

D^a Laura tenía en aquellos momentos la palidez de un cadáver, y sus ojos no se apartaban del rostro de D. Antonio.

D. Lope, inmóvil, contemplaba admirado aquella escena solemne, alumbrada por el farol que tenía él en su mano.

—D^a Laura—continuó sin levantarse D. Antonio—la reina y el padre Nitardo han sido precipitados por la denuncia de una mujer sin corazón, de una víbora: D^a Inés de Medina la hija del marqués de Rio-florido, ha causado verdaderamente su desgracia; ella delató á D. José, ella indicó el medio seguro para aprehenderle con tanto misterio que yo mismo no supe á quién había aprehendido hasta que no le ví dentro de la cárcel.

—Nada más digais—dijo D^a Laura con una voz vibrante.—Dios quiera perdonar mis culpas, como yo perdono á S. M. y como os perdono á vos.

—Gracias, señora, gracias, y creed siempre que yo no he tenido más parte en aquella terrible historia que haber aprehendido á D. José, y eso sin saber quién era él, os lo juro.

—Aun eso—contestó la dama solemnemente—os lo perdono en su nombre y en el mio; vámonos, D. Lope.

—¿Tan pronto, señora?

—Sí, no sería prudente permanecer más tiempo; D. Antonio, en cuanto pueda ayudaros esta pobre mujer, contad con ella.

—Sois un ángel, señora.

—D. Antonio—dijo D. Lope—quizá mañana mismo estarán en mi poder vuestros papeles; ¿qué hago de ellos?

—Sería peligroso que los tuiérais en vuestro poder, depositadlos en manos de este ángel de bondad, que á ella me dirigiré en caso necesario para presentarlos; ¿admitís el depósito, señora?

—Sí, D. Antonio, y estad seguro de que no los entregaré aunque me cueste la vida, sino á la persona que vaya en vuestro nombre y me diga una palabra que vos me indicareis.

—D^a Laura, solo al que os diga esta palabra: "*Perdon*," que recordará vuestra noble jenerosidad.

—No olvidaré esa palabra—contestó la dama—adios.

—Adios, señora.

D. Lope y D^a Laura salieron, y con las mismas precauciones y siguiendo el mismo camino, volvieron á encontrarse en la calle.

—Señora—dijo D. Lope—esta es la noche más venturosa de mi vida.

—¿Por qué, D. Lope?

.. Porque os he visto, señora, tan grande como sueño siempre veros, porque he visto á un hombre pidiéndoos perdón en nombre de Su Majestad.

—Vanidad de vanidades—contestó tristemente la dama.

—Cuánto os amo!—esclamó sin poderse contener por más tiempo el jóven.

—Haceis bien, D. Lope, porque debeis estar seguro de que si yo no fuera la esposa de un muerto, os amaría como yo sé amar.....

D. Lope, como petrificado de aquella confesion de la dama, se detuvo repentinamente.

Aquello era mas de lo que él habia esperado nunca, la alegría le sofocaba, llevó sus dos manos á su pecho y aspiró el aire con toda la fuerza de sus pulmones.

Para otro amante las palabras de la dama hubieran sido casi insignificantes; para D. Lope encerraban un tesoro infinito de felicidad.

D^a Laura le contempló un instante con ternura, y luego atrayéndole suavemente le obligó á caminar.

Estaban ya á la puerta de la casa y D. Lope aun no habia hablado una palabra.

—Ahora sí—dijo D^a Laura—ahora sí le pido á Dios la muerte, la muerte pronta.

—¿Por qué, señora?—dijo D. Lope.

—Porque temo que voy amaros y este pensamiento me espanta....

—¿D^a Laura!—esclamó D. Lope.

Pero la puerta se habia abierto y la dama sin escucharle entró precipitadamente y cerró tras sí.

D. Lope quedó largo tiempo sin moverse y en la misma postura; por fin, como saliendo repentinamente de aquella meditacion, se arrodilló, se quitó el sombrero y besó respetuosamente la piedra del umbral en que habia estado parada la dama.

Despues se levantó, se cubrió, y con la cabeza inclinada se dirigió á su casa.

D^a Laura habia contemplado todo aquello desde su balcon y cuando D. Lope entró á su casa la dama se entró á su aposento, y se arrodilló delante de un crucifijo esclamando:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ya le amo! ya le amo! ¿cómo lo permitís? ¿por qué no me mandais mejor la muerte!

D^a Laura habia contado demasiado con sus propias fuerzas, habia permitido á D. Lope que la hablara de su amor, le habia dejado acercarse.

Porque creia que su corazon habia muerto para siempre, que nada seria ya capaz de moverle.

Pero el corazon nunca muere verdaderamente, nunca cesa el peligro.

Solo el sepulcro es una garantía, y quién sabe lo que nos espera en ese mas allá!